

Terrestre océano

Tere Susmozas

**escuela de
escritores**
Torremozas

Los relatos que integran este libro de Tere Susmozas son —uno por uno, y también tomados en su conjunto— un vibrante y arriesgado acto poético que crea, en cada caso, su propio plano de consistencia, no regulado, desde luego, por el principio de realidad, sino por el principio del placer que es inmanente a la poesía misma.



Terrestre océano podría definirse en este sentido como un libro netamente neosimbolista. (...) Un libro sugerente, pregnante, altamente cautivador, donde la ensoñación reivindica sus legítimos derechos en el espacio de lo ficcional, y lo visionario es promovido a la dignidad de un método.

Del prólogo de Ángel Zapata

La autora: Tere Susmozas



Tere Susmozas nació en Madrid. Es diplomada en Marketing y Publicidad por el IECM y Máster en Contabilidad y Finanzas.

Su trabajo como cuentista ha sido galardonado en el XVII Premio Internacional de Relato Julio Cortázar (2014), entre otros, y recogido en diversas publicaciones, como la colección *Ellas También Cuentan* (Torremozas; tras resultar finalista en el XXII Premio Ana M^a Matute), en la revista *Cuentos para el andén* y en las antologías *Relatos 03* (Tres Rosas Amarillas), *La carne despierta* (Gens Ediciones) y *Relatos de mujeres 7* (Torremozas).

La revista *Lectures d'Espagne* ha traducido al francés varios de sus microrrelatos. *Terrestre océano* es su primer libro.

El desamparo de los niños perplejos

*Son mis voces cantando
para que no canten ellos,
los amordazados grismemente en el alba,
los vestidos de pájaro desolado en la lluvia...*

Anillos de ceniza – Alejandra Pizarnik

Hoy el cielo está tan negro que parece un laberinto de superposiciones infinitas. Zoila se ha sentado en el último peldaño de las escaleras que llevan a su casa. Ahí, habla en susurros con los niños perplejos, los niños atrapados en el hueco que hay debajo de los escalones. Como otras noches, para asustarlos aún más, les cuenta cosas perversas sobre su familia.

De pronto, la oscuridad parece replegarse como el telón grueso y plumoso de un teatro. Un hombre delgado sale de la nada y se sitúa junto a ella. Tiene la cara pálida, los brazos demasiado largos.

—Esta noche te irás de viaje —le dice.

Y antes de que pueda responder, el hombre desaparece como absorbido por un nudo opaco hecho de niebla.

Zoila, que ya no es tan niña, echa a correr.

A zancadas, largas y frenéticas, sube los doce tramos de escaleras hasta llegar a su casa. Con cuidado, salva los huecos que hay entre cada tramo, justo donde han ido a caer los niños vacilantes que no miran ni saben por dónde van; huecos en los que quedan atrapados porque nadie se molesta nunca en buscar una cuerda para izarlos.

Cuando está frente al portón viejo de su casa, abre con la llave oxidada que pende de su cuello en un cor-del de hilo. Aunque tiene una familia grande, le golpea un olor a casa vacía, a humedad, a legiones de ácaros. También le abofetea el silencio. Un silencio compuesto de ecos de conversaciones viejas y repetidas, frases hostiles, suspiros. Es como si todas las habitaciones estuvieran llenas nada más que de viento. Sólo la luna mitiga tanto abandono. Parece descansar sobre el cristal de uno de los ventanales. Con su reflejo acuoso, llena el interior de la casa.

Aunque a Zoila no le apetece, piensa que antes de marcharse tiene que despedirse de su familia.

Su peculiar familia.

Y apenas piensa eso cuando acuden todos, con sus ojos tan juntos, la vista como desenfocada. Llegan jadeantes después de haber subido los doce tramos de escaleras, con sus doce escollos de vacío. Cada uno lleva su llave colgada al cuello. Aunque no dejan de moverse, los cuenta y están todos. Nadie se ha olvidado de volver. Ninguno de sus hermanos ha ido a parar debajo de las escaleras, donde sólo ella escucha a los niños indecisos, chillando aterrados.

Quizá la familia de Zoila ya sepa que se va de viaje. Sabe todas sus cosas casi antes de que las cuente. Tal vez por eso nadie pregunta nada. Ni siquiera ella se hace preguntas. Y despeja una mesa pensando en una cena de despedida. Luego, todos comen y beben, quizá sólo porque tienen hambre y sed. Al acabar, con sus ojos muy fijos en ella, le dicen:

—Cuando vengan a buscarte, iremos contigo.

Al escucharlos, a Zoila se le llena la boca de un regusto amargo a mohó que no la deja decir nada. A pesar de que la luna está tan dentro de la casa que de buscarla fuera nadie podría encontrarla, se siente invadida por cierto desamparo cósmico. No se atreve a decirlo, pero piensa que quizá estaría bien viajar sola.

Y como si intuyeran lo que le pasa, los niños perplejos comienzan a cantar. Ponen melodía a su indecisión. Y a ella le rechinan esos cantos porque no son armónicos ni alegres. También porque son entonados con voces agudas, como de grillo. Voces exhaustas de tanto esperar una cuerda que los quiera alzar. Pero agradece que al menos ellos la entiendan.

Luego, cuando los cantos cesan, todo vuelve a ser lo mismo que era antes: silencio.

En ese mutismo de las cosas, se escucha el ruido insoportable de una familia que espera y no tiene nada que decirse. Son como sombras que bostezan juntas. Y se puede sentir la respiración pesada de una postura incómoda, el parpadeo de unos ojos con sueño, el crecimiento de un pelo, quizá grueso y rizado. Zoila, que está callada y quieta, no soporta tanto silencio porque se escucha por dentro. Con una voz que no es la suya, sin darse cuenta, se dice cosas despiadadas.

Avanza la noche y todo sigue igual. Nadie viene a buscarla. Y como nadie llega, su familia, inmersa en ese silencio alto y rotundo, comienza a desconfiar.

Ella se ve forzada a contar lo del hombre de los brazos largos, el nudo de niebla y sus zancadas frenéticas. Pero no parece importarles. Y, de pronto, se siente acorralada por múltiples ojos muy negros y un manojo de

gesticulaciones frente a su cara. Atosigándola, todos hablan a la vez. Son su familia, pero a Zoila le parece que hablan alguna lengua muerta que sólo ellos entienden. Y, más que nunca, desea librarse del sonido mudo de sus cuerpos, también del temblor retráctil y absurdo de sus bocas oscuras y gelatinosas.

Eso está pensando cuando, de pronto, el mismo hombre que le habló en la calle, está en mitad de la casa.

Nadie pregunta cómo ha entrado. Y sólo a ella le extraña que no tenga la respiración entrecortada, tras subir los doce trechos de escaleras. Ni que pregunte por el rumor que se mueve en el abismo pantanoso que está debajo. Pero se olvida de eso cuando, otra vez, le escucha decir:

—Esta noche, te irás de viaje.

Apenas acaba la frase, la luna se hace pequeña y ya no se puede encontrar dentro de la casa. Ahora está lejana, en lo alto del cielo negro. Por eso hay que encender la luz. Para cuando alguien pulsa el interruptor y se ilumina la lámpara, el hombre desgarrado se ha ido. Se ha marchado por donde se va todo el mundo, dejando la puerta abierta.

Entonces su familia parece animarse. Hablan entre ellos de forma loca y fragmentada. Y Zoila pone, otra vez, algo de comida sobre la mesa.

Afuera, el cielo parece dilatarse y comienza a llover mientras cenan por segunda vez. El olor a mojado invade las habitaciones. Todo parece temblar. En los ventanales se refleja el resplandor viscoso de una luna cada vez más encogida. Los visillos azules se hinchan con el soplo del viento. Por unos instantes el espacio es invadido por el sonido del agua.

Ahora que su casa parece un buque mal anclado, Zoila se pregunta si será un buen momento para viajar. Y piensa en los niños perplejos, apiñados bajo las escaleras. Están tan callados, que los imagina alzando sus brazos, dejando el cuerpo como muerto para mantenerse a flote. Y desea que sean arrastrados por el desagüe de un hueco de alcantarilla o por el blanco espectral de las calles mojadas. Lo desea con todas sus fuerzas. Piensa que sería bueno para ellos salir de ahí, ir a parar a cualquier otra parte.

En cuanto la tormenta pasa, medio sol anaranjado y tímido asoma, engullendo lo que queda de negro en el cielo. Amanece. Y todos reprochan a Zoila que nadie haya ido a buscarla. Otra vez, se lo reprochan. Ella siente una vibración casi incontrolable en la garganta: quisiera protestar. Pero resignada e impotente, se queda en silencio.

Todos están tan alterados que, de nuevo, comienzan a gesticular furiosos. Tanto que Zoila los ve caer, como desmadejados. Estallan en cientos de pequeños insectos negros que recorren el suelo en todas direcciones. Para esquivarlos, huye asustada hacia la puerta, aún abierta de par en par.

Y se marcha.

Los deja sumidos en alocadas carreras. Sin verlos, puede sentir que al mismo tiempo que corren, van reduciéndose hasta quedar convertidos en polvo y nada más.

Ahora Zoila se va de casa o se va sola de viaje, no sabe.

Mientras baja, cientos de ojos al fondo de las escaleras siguen sus pasos. Son como pequeñas linternas encendidas que le iluminan los pies. Se fija tanto en la luz que

emiten, que resbala y está a punto de caer por dónde se precipitan los niños indecisos.

Pero Zoila no desciende a ningún vacío pueril.

Porque, unos sobre otros, los perplejos hacen una torre levantando sus manos mojadas. Y la izan. Para que siga bajando, sujetan su cuerpo menudo. No quieren que se quede, como ellos, en ese hueco que está debajo de todo, incluso de las escaleras de las casas.

Cuando Zoila llega al último peldaño, siente un zarpazo de sol en los ojos. El día despunta con una luz húmeda y resbaladiza. Con un poco de tristeza, se despide de los niños. Y ellos agitan sus manos subterráneas diciéndole adiós.

Sin saber de qué nuevo nudo de niebla ha salido, el hombre con los brazos largos vuelve a estar junto a ella. A su lado, en mitad de la calle vacía. Antes de que pueda reprocharle nada, él se despide deseándole un buen viaje. Y Zoila lo ve empequeñecerse, como se ve encoger a la gente que se queda en la orilla cuando zarpa un barco.